

JEAN BIRNBAUM

SOLO LOS NIÑOS
CAMBIAN EL
MUNDO



Jean Birnbaum

Solo los niños cambian el mundo

Traducción de Stefano Cazzanelli



Título en idioma original: *Seuls les enfants changent le monde*

© Éditions du Seuil, 2023

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Traducción de Stefano Cazzanelli

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 175

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Estugraf-Madrid

ISBN: 978-84-1339-251-6

Depósito Legal: M-19891-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
INTERLUDIO.....	17
PARTE I. EL CORAJE DE LA INFANCIA	
I. Niños perdidos de la filosofía.....	21
INTERLUDIO.....	31
II. Hannah Arendt, «el milagro que salva»	33
INTERLUDIO.....	41
III. Roland Barthes, «¿El bebé? No hay nada más neutro»	43
INTERLUDIO.....	51
IV. Georges Bernanos, «Hoy se reclutan tan pocos niños de verdad como poetas».....	53
INTERLUDIO.....	61
PARTE II. ESTE NIÑO QUE ME LLEVA	
V. La pregunta que vive.....	65
INTERLUDIO.....	79

VI. La revolución sin niños	81
INTERLUDIO.....	103
VII. El <i>sí</i> de la supervivencia	105
INTERLUDIO.....	133
CONCLUSIÓN. NO KIDS, <i>NO FUTURE</i>	135

A Nathan, Adam y Esther

«Acto seguido él montaba la
revolución, organizaba el follón»

Marie Darrieussecq,
*El bebé*¹

«Los niños juzgarán al mundo»

Georges Bernanos

¹ Anagrama, Barcelona 2004, p. 30.

INTRODUCCIÓN

Cada nuevo libro se vuelve necesario por la insuficiencia del anterior, por el arrepentimiento que ha llegado a suscitar. En marzo de 2021 publiqué *El coraje del matiz*². Ese ensayo no nació de una búsqueda teórica, sino de una necesidad íntima, de esa sensación de asfixia que Albert Camus expresaba así: «Nos ahogamos en medio de gentes que creen tener absolutamente razón». En las redes sociales, con ocasión de tal o cual debate público, pero también en las conversaciones entre amigos, había experimentado la brutalización de las palabras, el endurecimiento de los espíritus, y sentía la necesidad de afirmar lo siguiente: cuando triunfan la violencia y el dogmatismo, la duda no es una escapatoria, sino la primera de las audacias; en el alboroto de las evidencias, no hay nada más radical que el matiz. En el origen de mi libro, había por tanto un impulso físico. Pero también en el punto de llegada: al recurrir a algunos autores particularmente cercanos para mí —todos ellos sufrieron las pruebas del siglo XX—, quise mostrar que su heroísmo no fue ante todo intelectual, sino que se nutrió principalmente de ciertas experiencias o cualidades ordinarias: la pobreza en el caso de Albert Camus, la amistad en el de Hannah Arendt, la

² Jean Birnbaum, *El coraje del matiz. Cómo negarse a ver el mundo en blanco y negro*, Ediciones Encuentro, Madrid 2024 (ndt).

franqueza en el de George Orwell, la enfermedad en el de Roland Barthes, el humor en el de Germaine Tillion...

Es aquí donde surge el arrepentimiento. Entre esas experiencias de las que el coraje del matiz extrae su impulso, el libro apenas dejaba espacio a la infancia, al acontecimiento del nacimiento. Ciento es que mencionaba que la increíble lucidez de Georges Bernanos —escritor cristiano que tuvo el valor de denunciar los crímenes de la Iglesia durante la guerra de España— no era sino una expresión del «espíritu de la infancia». Ciento es, también, que se comprobaba allí cómo Raymond Aron —intelectual liberal que siempre se negó a convertirse en un «delegado de la propaganda»— anclaba su ética de la incertidumbre, en gran medida, en el trauma que supuso la pérdida de una hija pequeña: «Quien ha asistido, impotente, a la muerte de su hijo, no volverá a sentirse tentado por el orgullo prometeico»³, advertía. Pero hay que reconocerlo: en *El coraje del matiz*, la cuestión de la infancia —o más bien, el niño como cuestión, como «forma sensible y permanente del signo de interrogación»⁴— apenas era tratada, y solo de forma marginal.

Para intentar colmar esa laguna, se imponía un nuevo libro. Si había podido abordar el ejercicio de la franqueza o la ética de la risa en un simple capítulo, las cuestiones vinculadas a la filiación me parecían exigir un volumen entero. Porque, en verdad, en el horizonte de todo lo que he podido escribir sobre el matiz como audacia de la duda, como arrogancia superada, estaba la figura del niño: tomar conciencia de los propios límites y desconfiar de uno mismo; asombrarse con cada palabra y volver a empezar con el lenguaje desde cero; decir las cosas y hablar con franqueza; desmontar los clichés a carcajadas... he ahí el coraje de la infancia, o

³ Citado por Tzvetan Todorov en su prólogo a las *Mémoires* de Raymond Aron, R. Laffont, col. «Bouquins», Paris 2010, p. 20.

⁴ La expresión es utilizada por el psicoanalista J.-B. Pontalis en la introducción de la obra colectiva que editó, *L'Enfant*, Gallimard, col. «Folio essais», Paris 2001, p. 17.

más bien, el que el niño nos da. Incluso antes de ver la luz, cada niño comienza su labor de desestabilización: sacude nuestras vidas, socava el orden que en ellas se había instaurado. Su llegada al mundo dinamita uno a uno nuestros prejuicios. Por eso el héroe de este libro es el bebé, ese ser que nos trastorna con su desconcertante vulnerabilidad, su fulminante sabiduría, su radical extrañeza. Creemos estar reproduciendo un «pequeño yo» y encontramos, en cambio, a un ser completamente distinto.

En este libro, el bebé no quedará encerrado en ninguna definición sociológica o biológica, sino que será el signo de una aventura decisiva: el encuentro con el recién nacido, el descubrimiento de su presencia enigmática y conmovedora, antes de que comience a adoptar actitudes previsibles o gestos esperados. El niño mayor nos interesará en la medida en que todavía se vincula a ese momento tan determinante, que no deja nada en su sitio. Desde que soy padre, lo he comprobado mil veces, y quisiera dar testimonio de ello a partir de mi propia experiencia. Así como mi libro anterior rendía homenaje a mujeres y hombres que encarnaron el «coraje del matiz» sin convertirlo nunca en una teoría, este nuevo ensayo rompe con una tradición que contempla al niño de manera abstracta, desencarnada, alejada. No abordo la «naturaleza» específica del bebé ni su «desarrollo» psicológico o fisiológico. Ni siquiera intento refutar a los numerosos filósofos que lo consideran un ser imperfecto, defectuoso, una simple etapa hacia la humanidad verdadera. Lo que me ocupa es una experiencia banal, pero que curiosamente ha atraído poca atención por parte de los pensadores: convertirse en padre o madre de un niño es ser sacudido por él, constatar los múltiples efectos sensibles, intelectuales y políticos de su irrupción en nuestras vidas.

Entre esos efectos está, pues, el reconocimiento tangible de nuestra finitud, de nuestra vulnerabilidad, e incluso de nuestro propio ridículo, con todo lo que ese descubrimiento puede implicar en términos de responsabilidad y lucidez, de prudencia y de

audacia. Porque, por supuesto, eso no es más que una posibilidad. También se puede reprimir la presencia de un niño, negar sus gestos, rechazar el juego que introduce en el seno de nuestras vidas. Puede ocurrir incluso que se le convierta, esencialmente, en el pretexto de una reafirmación narcisista, el juguete de nuestro capricho, el centinela de un *statu quo* (sentimental, familiar, social). En ese caso, se corre el riesgo de multiplicar la violencia de la que él mismo también es capaz, esa que se observa en cualquier patio de recreo. Este libro no ignora en absoluto su crueldad potencial, ni niega la brutalidad de la que los niños son con frecuencia objeto en el seno de las familias. Simplemente, su tema principal es otro: prefiere celebrar la potencia subversiva del niño que nace.

Con el mismo espíritu que *El coraje del matiz*, este libro entrelazará reflexiones y emociones. Me remitiré, ante todo, a algunos autores que admiro —Hannah Arendt, Georges Bernanos, Roland Barthes—, siempre los mismos. Luego intentaré comprender por qué estoy obsesionado con la infancia, entendida a la vez como prueba ética y desafío político: desde muy joven me ha parecido evidente que todo compromiso auténtico implica una preocupación por la infancia, que toda promesa política es una promesa hecha a los niños, que todo ideal serio apunta hacia la vida —dada, transmitida, salvada—. Ahora bien, esa evidencia, en realidad, no es tal: merece ser cuestionada a partir de algunos episodios vividos. Dado que este texto no oculta su parte autobiográfica, dejará también espacio a algunos interludios más personales, escenas cotidianas que permitan oír los gestos y las palabras donde encuentra su sustancia.

Comencé este ensayo en el momento en que esperaba a mi tercer bebé. Lo terminé un año después de su llegada al mundo. Las primeras líneas estuvieron impulsadas por esa espera. Cada página refleja las angustias, la exaltación, la agitación de aquel momento. Y si el libro se vio por un tiempo debilitado, retrasado, incluso pospuesto, saca sin embargo su fuerza de este acontecimiento: el

nacimiento de esa niña, su capacidad de trastocarlo todo, la unión que selló entre sus padres, la alianza que estableció con sus hermanos.

Sin embargo, como se irá descubriendo, no hace falta ser padre o madre para reconocer que el niño lo cambia todo. Su habla reaviva las palabras, su genio cómico ilumina cada situación con una luz inédita, su lucidez siembra la duda con una sencillez soberana. Así orienta nuestra concepción política de las cosas. Nos impulsa hacia un territorio donde toda certeza vacila, donde las esperanzas están permitidas, donde la acción se convierte en promesa: al dar la vida, proclamamos al mismo tiempo la incertidumbre del porvenir y nuestra capacidad de comprometernos con el futuro. En ese sentido, el niño debería estar en el centro de todo proyecto emancipador. En una época en la que tantos jóvenes declaran querer renunciar a la maternidad o la paternidad por el hastío que les inspira el tiempo presente, y en la que un movimiento global, conocido como No Kids, describe la procreación como una catástrofe íntima, social y ecológica, este libro busca reafirmar el vínculo esencial entre esperanza e infancia, entre revolución y generación, entre nuevo mundo y nuevos venidos⁵.

⁵ Esta traducción es la que he encontrado más idónea para mantener el juego de palabras entre «nouveau monde» y «nouveaux venus», nuevo mundo y recién nacidos (ndt).

INTERLUDIO

Sostengo a Esther en brazos y, como un idiota, miro hacia otro lado. Con el móvil en la oreja, estoy hablando sin decir nada. Mi hija se inclina suavemente para entrar poco a poco en mi campo de visión. Parece el títere de guiñol que surge de improviso. Entonces clava sus ojos en los míos. El bebé realiza esta maniobra en silencio. Al cabo de unos segundos —quizá cinco—, Esther parece considerar que mi mirada ya está lo bastante anclada a la suya. Abandonando su expresión severa, se echa a reír a carcajadas. Como si comprobara que seguía estando en el centro del mundo. O más bien como si quisiera evitar que fuera yo quien se lo creyera. Sus ojos enormes —el iris los llena casi por completo— tienen una intensidad intimidante, una gravedad irónica. Dicen: «¿De verdad te lo crees? Deja ya de agitarte, vuelve a lo esencial. Puedes contar conmigo para ponerte en tu sitio. ¡Te tengo vigilado!». Pensar, afirmaba Pascal, es romper con la ilusión de la omnipotencia, afrontar la propia desnudez fundamental, dejar de fingir, descentralizarse. Al hacer caer las máscaras, la mirada del bebé te hace ese don incalculable: la urgencia de vivir, el desconcierto de pensar.

PARTE I
EL CORAJE DE LA INFANCIA

I. NIÑOS PERDIDOS DE LA FILOSOFÍA

«—¿Llueve más que antes?
—Sí, sí, está lloviendo poquitico.

—¿Qué haces mañana?
—¡Voy a la escuela forestal!

—¿Te gustaría ir a Nueva York?
—Sí, hay un montón de tocanubes!

—¿Cuál es tu problema?
—¡Estoy hamorenado!»⁶

Adam, siete años

Si, desde Sócrates, el filósofo es aquel que decapa el lenguaje y lo sacude desde dentro, el que nos priva de nuestros referentes habituales para obligarnos a volver sobre nosotros mismos y proclamar «solo sé que no sé nada», entonces el niño es el más desconcertante de los filósofos. «En materia de metafísica, me atrevería a poner a un niño incluso por encima de un buen y sabio campesino que no ha leído nada. ¡Qué preguntas tan asombrosas! ¡Cuánta audacia y rectitud, cuánta sencillez y profundidad en su manera de plantear los problemas!»⁷. Así se entusiasmaba el filósofo Jules Lequier a mediados del siglo XIX.

⁶ «Il pleut plus dehors? —Si, si, il pleutouille. / —Tu fais quoi demain? —Je fais l'école forestière! / —Tu aimerais aller à New York? —Oui y'a plein d'effleure-ciel! / C'est quoi ton problème? —Je suis affamoureux!»

⁷ Jules Lequier, *Comment trouver, comment chercher une première vérité?* Allia, Paris 2009, p. 9.

Y, sin embargo, son muy pocos los pensadores clásicos que han reconocido esa potencia crítica propia de la infancia. Tanto les han preocupado la vejez y la muerte, como han descuidado el otro polo de nuestra finitud: la natalidad y la infancia. «Parece como si los hombres desde Platón no hayan podido tomar en serio el hecho de haber nacido, y solo hayan tomado en serio el hecho de tener que morir»⁸, lamentaba Hannah Arendt. Cuando los filósofos mencionan al niño, rara vez lo hacen para dirigirse a él como tal: en el mejor de los casos, aparece en segundo plano, como un personaje secundario dentro de una aventura intelectual cuyos protagonistas son el conocimiento, la naturaleza humana, la sociedad... Así, seguirá siendo una figura sin carne ni alma, definida por todo lo que le falta, todo lo que todavía no es, todo lo que aún no es capaz de hacer: hablar, razonar, prometer, gobernar... La vocación de la infancia sería anunciar una humanidad por fin realizada, la verdadera vida. Y si realmente hubiera que interrogarse sobre ella, la pregunta a plantear sería esta: ¿cómo superarla?, ¿por qué caminos dejarla atrás?

Resulta tanto más desconcertante si pensamos que el gran fundador de la filosofía occidental eligió como héroe a un partero de almas. En sus diálogos, Platón subraya que Sócrates es hijo de una comadrona y que, a su manera, ejerce el mismo oficio que su madre. Es un pasaje del *Teeteto*, un diálogo que a menudo se estudia en segundo de bachillerato en Francia: cuando Sócrates recorre la ciudad, no hay quien lo iguale a la hora de detectar a los hombres que están «gestando», preñados de un razonamiento del que no pueden liberarse por sí solos. Todo su arte consiste precisamente en ayudarlos a dar a luz. Pero ese gesto es puramente

⁸ Hannah Arendt, *Diario filosófico (1950-1973)*, Vol. 1, Herder, Barcelona 2006, p. 449. Entre las obras que lamentan esa misma «negligencia», cabe mencionar también a Catherine Chalier, *Comme une clarté furtive: Nâtre, mourir*, Bayard, Paris 2021; Vincent Delecroix, *Leur enfance*, Rivages, Paris 2022 y Adèle Van Reeth, *La vie ordinaire*, Gallimard, Paris 2020.

metafórico. Los únicos «niños» a los que Sócrates da a luz son los bebés-concepto. Tras el parto, seguirá velando por unos recién nacidos que llevan por nombre Ciencia, Justicia o Sabiduría, y que han sido traídos al mundo por unos hombres: «Mi arte de partear —afirma Sócrates— tiene las mismas características que el de las comadronas, pero se diferencia en el hecho de que asiste a los hombres y no a las mujeres, y examina las almas de los que dan a luz, pero no sus cuerpos»⁹. Los retoños sobre los que Platón se detiene son las ideas engendradas por los hombres. En cuanto a los bebés de carne y hueso, aquellos a los que las mujeres dan a luz, no le provocan ninguna sorpresa. O bien los ignora, o bien los menosprecia. Bajo su pluma, el niño es un ser tumultuoso, irascible, entregado a la alternancia de placeres y dolores, dominado por las inclinaciones más despreciables del alma humana. Comparable a las bestias salvajes, no conoce ni la medida ni la armonía, y si algún día llegara a acceder a la razón —y con ella al soberano bien—, sería en todo caso tardíamente, una vez liberado de sí mismo.

El otro maestro del pensamiento griego, Aristóteles, no es más indulgente. También aquí habría motivos para cierta decepción. Porque el filósofo desarrolla una magnífica concepción del ser humano, de la vida en cuanto está sometida, desde luego, a la corrupción, pero ante todo a la procreación. Explora nuestra sensibilidad, nuestra manera singular de entrar en el mundo, de exponernos en él, de ir al encuentro de lo que es. Para ello, Aristóteles distingue tres funciones del alma humana, tres niveles que la estructuran. En lo más alto está el alma «dianoética», el intelecto, la capacidad de pensar, que es propia del ser humano. Por debajo, el alma «sensitiva», el mundo de las sensaciones, especialmente el

⁹ Platón, *Teeteto*, 150b. Traducción de Álvaro Vallejo Campos, Gredos, Madrid 1988. Traducción ligeramente modificada. Sobre la figura de Sócrates como partero de las almas, véase Chloé Titli, «Particularités de la maïeutique socratique: la métaphore de Socrate accoucheur dans le *Théétète* de Platon», en *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, n.º 1, 2009, pp. 81-97.

tacto, al que también acceden los animales. Y en el nivel más bajo, el alma «vegetativa», donde se cumplen las funciones más fundamentales (nutrirse, crecer, decaer...), y que caracteriza a todos los seres vivos, incluidos los vegetales.

Si nosotros, los seres humanos, tenemos sensaciones y cinco sentidos, no es solo para vivir, sino para vivir bien. Cuando Aristóteles detalla los distintos niveles del alma humana, cuando toma en serio las emociones y los deseos que nos son propios, está definiendo las condiciones de la sabiduría. La descripción del alma apunta a una ética, debe ponernos en camino hacia una vida mejor, o más bien, hacia la mejor vida. También aquí, un gesto como este presupone una estricta jerarquía entre los seres, los cuales tienen accesos diferentes a la felicidad. El hombre feliz, afirma el filósofo, es el hombre virtuoso, es decir, aquel en quien el intelecto logra dominar el alma sensitiva y el alma vegetativa. Ese es quien mejor disfruta de la naturaleza, de las sensaciones y de los placeres, precisamente porque ha colocado al intelecto en el puesto de mando. Entre los hombres virtuosos, algunos pueden incluso alcanzar el soberano bien: su intelecto ya no se limita a gobernar las zonas inferiores de la sensibilidad, sino que se emancipa de ellas para saborear el conocimiento puro, liberado de toda materia, un pensamiento del pensamiento que roza lo divino.

Eso no está al alcance de todos. Solo una pequeña élite puede aspirar a tal nivel de realización. Igual de escasos son aquellos que, sin llegar al soberano bien, logran hacer que el intelecto prevalezca en ellos. La mayoría de los seres se muestra incapaz de elevarse hasta la virtud, permanecen atados a los niveles inferiores del alma y no tienen de humano más que el nombre. Y en esta categoría inferior —henos aquí— Aristóteles sitúa a los esclavos y a los niños.

También aquí, los niños son considerados únicamente bajo el signo de la carencia. Lo que los define es su ajenidad respecto de aquello que constituye la nobleza del ser humano, y también de todo lo que puede brindarle la felicidad: la capacidad de juzgar, la

fuerza de la decisión, la audacia de la acción. En este sentido, no podría existir un niño feliz. Al contrario, precisa Aristóteles, ese estado es comparable a la demencia o a la enfermedad. «Ninguna persona sensata soportaría volver a esa etapa», sentencia. Lejos de reconocer el más mínimo valor a la existencia singular del bebé, a su manera de estar inmerso en el mundo, exponiendo sus sentidos a lo real, Aristóteles lo considera menos que un animal. A este último, al menos, le concede acceso al nivel sensible del alma. En su lugar, condena a los recién nacidos a un estado vegetativo que los aproxima a las plantas. «Crecen sin cesar, pero duermen todo el tiempo», asegura el filósofo, y estas palabras hacen pensar que no debió ocuparse muy a menudo de sus hijos...¹⁰.

A sus ojos, si el niño tiene no obstante algún valor, es porque anuncia desde el principio aquello que está destinado a superarlo. Para que ese humano en potencia se convierta en un hombre en acto, será necesaria una intervención exterior. Una coacción cuyo objetivo será reprimir su espontaneidad. Ese acto de fuerza tiene un nombre: la educación. Así, las dos figuras fundadoras de la filosofía griega, aquellas que marcaron la pauta de todo el pensamiento occidental, comparten una misma manera de considerar la infancia o, más bien, de desconsiderarla. Para Aristóteles como para Platón, la infancia es sinónimo de una vida amputada y solo tiene interés como etapa necesaria, un paso obligado hacia una madurez sin la cual no hay humanidad plena. En un curso impartido en 1942, el filósofo y resistente Georges Canguilhem evocaba esta «devaluación» de los niños por parte de los filósofos, en la Antigüedad pero no solo: «El hombre normal, para los antiguos, era el hombre normativo, y era por excelencia el adulto. Esa es, por lo demás, una característica de todos los períodos clásicos. El

¹⁰ Estos dos pasajes están citados por Laetitia Monteils-Laeng, «La valeur de l'enfance chez Aristote», en *Archives de philosophie*, vol. 80, n.º 4, 2017, p. 661.

Jean Birnbaum retoma, tras *El coraje del matiz*, el pulso de la política y la introspección con una pregunta aparentemente sencilla: ¿qué sucede cuando llega un hijo al mundo?

En *Solo los niños cambian el mundo*, nos muestra cómo el nacimiento –ese instante cotidiano y extraordinario a la vez– hace tambalear nuestras certezas más arraigadas. Convertirse en padre o madre transforma la mirada, la ética y la idea misma de comunidad. Si, desde Sócrates, el filósofo es el que dinamita nuestros prejuicios, el bebé se erige en el más subversivo de los filósofos.

Birnbaum combina memoria personal, referencias filosóficas y urgencia política, desde Rosa Luxemburgo hasta Hannah Arendt, pasando por Roland Barthes, para ofrecernos una meditación luminosa sobre el amor, el futuro y lo que aún puede salvarse.

SOLO LOS NIÑOS CAMBIAN EL MUNDO



Depósito Legal: M-19891-2025

ISBN: 978-84-1339-251-6

